

Cincuenta números UNA pta.

Redaccion y Administración: AIRE, 32

No se devuelven los originales

«EL ARCO» desea a sus lectores un buen año 1915

¡SE ACABÓ!

Termina el año. Al arrancar del bultado taco que fué almanaque la última de sus hojas me he encontrado con el fin. Sus opulencias de vencedor han pasado: sólo muestra las humillaciones del vencido.

Frente a él se pavonea orgulloso, desafiando, el calendario nuevo sin saber que tardará en comenzar a morir o que tarde en iniciarse el primero de los efímeros días de su vida. Su opulento vientre causa miedo. En él se encierran triunfos ignorados, derrotas luctuosas, sufrimientos amargos, placeres inmensos tal vez...

¿Quién lo sabe! Sus hojuelas entablos contienen las escenas de la vida del mundo. Antóñese un mago de estrellada veste y empuñado gorro que espía silencioso el porvenir: parece el oráculo del destino, recóndito, callado hasta que su hora llegue...

El año que pasó fué tronchando vidas, frágiles como sus delgadas hojas; fué deshaciendo ilusiones, blancas, lindas, bellas como el azul del cielo; acabó los trajo días de contento, horas de bienestar. Requerid la balanza, ese peso invisible, pero exactamente, grandemente sensible a la alegría y al dolor que nos otorgó Naturaleza y pesad: adarmes os bastarán para valuar las horas felices que se fueron, arrobos tal vez necesitáis para igualar pesadumbres dolorosas que dejan huella perdurable en el alma.

Pues aquel brioso paladín de papel os brinda dichas sin cuento, satisfacciones sin término; aquel taco obeso, abarrotado de hojas que serán la historia del año que comienza, es hermano del que pasó. Os miente alegrías acaso os traiga penas: escancia en la copa de la vida que os regala deliciosa espuma de champaña y tal vez pone en las heces acfbares cruentos. ¡No lo creáis!

Disponéos a vencerle con ánimo esforzado, con pecho generoso, con brazo firme abierto el corazón. Mas cuidado de sus engaños.

Tratadle como enemigo y es vuestra la victoria, si le creáis amigo él os vencerá.

Porque el mundo es valle florido y delicioso con frescas umbrías y robustos árboles donde se albergan canoros arroyos, dechados de belleza y maravilla de armonía; mas es valle regado por las lágrimas.

¡Ellas son sus ríos!

¡DUERME!

Duerme, Niño bendito, tierno capullo, más albo que la nieve de la montaña; duerme, que el blando céfiro, de entre la caña cariciosa te envía su dulce arrullo,

Duerme, que entre los tules del turquí (cielo, temblorosa y radiante, la hermosa estrella, en sus nítidos rayos graciosa y bella sus caricias te ofrece y amante anhelo.

Duerme, que de los campos, las auras suaves (ves) esparcen en torno tuyo perfume grato, y en las horas nocturnas y sin recato ya no turban el sueño canoras aves.

Duerme, que todo calla, y el orbe entero tu reposo auxiliando, grande y sublime en silencio se envuelve, y apenas gime el arroyo en su curso manso y parlero

Duerme, gracioso Niño, que así durmiendo (do) no verás de la vida las amarguras, ni sentirás el diente de las torturas que el corazón al hombre le van royendo.

Duerme, que en los caminos que transita (mos) desgarrada la planta, sangre gotea, y entre la zarza espesa que los bordes a girones la carne también dejamos.

Duerme, que de los pechos, en chorro (rado) manan las turbias aguas de los pesares, y el dolor, de estas linfas sobre los mares su barquilla conduce, mustio y callado.

Duerme, que hasta la rosa, bajo el encanto con que el ojo deleitan sus frescas hojas, a la vista descubre manchitas rojas, huellas acusadoras de angustia y llanto

Duerme, que el mismo cielo, sobre su tul, cuando cruza la nube, torba y sombría, tiene esa sombra amarga que empaña impía las sonrisas brillantes del fondo azul.

Duerme, placer y goce la pena aqueja, duerme, la dicha tiene su dejo triste; duerme que el claro día la niebla viste; duerme que todo es llanto, dolor y queja

Duerme, que en noche oscura, sobre el (Calvario) una cruz se levanta, tétrica y muda; sangre roja la surca, que el árbol suda, y a sus brazos se arrolla blanco sudario,

Duerme, Niño bendito, como una rosa la manita en el pecho, riente el semblante, la boquita entresabiada, pura y amante,

Duerme, precioso niño, duerme y reposa. ORMAN.

Militarismo y marinerismo

Así como las tropas de la República francesa, a fines del siglo XVIII, anunciaban que querían llevar la libertad a la esclavizada Europa, así proclaman ahora los ingleses a voz en grito que quieren librar al orbe, y ante todo al pueblo alemán, del cacareado «militarismo» prusiano. Merece la pena investigar los perjuicios que parece ha acarreado al mundo y al pueblo alemán el tan sobado militarismo

Alemania ha vivido desde 1871 hasta 1914 en una paz octaviana, por más que fuese azuzada y desafiada más de una vez, especialmente por sus caros vecinos Francia y Rusia. Basta esto para probar que el militarismo alemán no significa un peligro para la paz euro-

pea. Ni siquiera una vez ha significado una presión o una humillación para otros pueblos, pues jamás abusó Alemania de su gran potencia militar para amenazar a otras naciones. Por ejemplo, recuérdese la cuestión hispano-germana tan famosa de las islas Carolinas, en 1895. Entonces no se le ocurrió a Alemania sacar la charrasca contra la débil España, sino que confió la solución al Papa, nombrándole árbitro. Las dificultades con Suiza se resolvieron asimismo pacíficamente, sin amenaza ninguna.

Ni el militarismo alemán amenaza al extranjero, ni al pueblo alemán. El Dr. Albert Neisser, célebre sabio, demócrata a machamartillo, oriundo de una familia de sabios, esto es, no educado en tradiciones militares, escribe lo siguiente: «El militarismo alemán no es otra cosa que el instintivo sentimiento de cada individuo, de pertenecer a sus leberes como hombre y ciudadano, y subordinar su persona y sus intereses propios al de la colectividad. Bajo el punto de vista fisiológico y psicológico, el «ejercicio» militar debe considerarse como un método necesario de educación. Neisser prueba (y esto es acaso lo más importante suyo) que tal educación militar no es sólo necesaria para instruir al ejército, sino que también es muy ventajosa para la vida ulterior burguesa del individuo. Dice que el servicio militar es una brillante educación de muchas «cualidades» de carácter que asimismo se conserva en la vida burguesa, la puntualidad, la aptitud de concentrarse, el espíritu ordenancista, y la limpieza. Merced a tal educación brilla tanto el pueblo alemán en la «administración burguesa», las fábricas, los ferrocarriles, y hasta en los hospitales e institutos científicos. Y finalmente, pregunta Neisser con razón qué impedimentos acarrea el militarismo, que producen en muchos conceptos beneficios al pueblo alemán. ¿Ha sufrido por el militarismo el espíritu alemán en sus anhelos en pro del arte y la ciencia? ¿Hay otro Estado que tenga un nivel intelectual mayor? ¿Dónde hay más centros de cultura que entre nosotros? ¿Dónde menos analfabetos?

Mientras el militarismo alemán no perjudica al Extranjero ni a su pueblo, sirviendo de coco a los germanófilos para atemorizar a los chicos de la prensa, el marinerismo inglés es un verdadero peligro constante, que amenaza la libertad económica-política de todas las demás naciones. Albión, desde el principio de gran guerra, ha utilizado su poderosa armada para chinchorrear espantosamente a los Estados neutrales. La declaración londinense, los convenios sobre el Canal de Suez y otros, en cuanto no van a su medida los declara

Inglaterra sencillamente como papeles mojados. Declara contrabando lo que le sale de la mollera y le conviene. Detiene a todo buque neutral cuando le da la real gana. Y cierra al iráfico gran parte del mar cuando le viene en ganas. Aniquilar el comercio de Holanda, Escandinavia y otras potencias, es para ella cosa de coser y cantar, aunque se hunda el orbe. En Noruega eran angloséfilos hasta la coronilla, especialmente desde que se casó el rey con una infanta inglesa. Cójase ahora los periódicos de allí, y se verá el gran odio surgido por la desfachatez inglesa. Lo cual se comprende, pues con las medidas inglesas se arruina por completo Noruega. El marinerismo es no sólo un peligro económico para los demás países, sino acaso mayor aún otro político. Una nación que posee indiscutiblemente el dominio por mar, puede amenazar a cada momento a todos los demás pueblos en toda latitud, que tenga costas. Como la historia lo prueba, Inglaterra ha hecho uso de su dominio más de una vez, de un modo descarado, a costa de países débiles. Lo cual haría en mayor escala aún, si consiguiese aplastar, como ella dice, a las naciones centro-europeas. Ejércitos no pueden enviarse a todas partes, pero sí flotas, con las que se pueden bombardear puertos, hasta que se hunda el Estado que osó levantarse contra la voluntad de Albión.

Así se conduce Inglaterra al cacarear contra su aborrecido militarismo alemán, siguiendo el conocido método de los ratas que, después de haber hecho su agosto, se lanzan a la calle gritando: «¡a ese!»

Germanófilos y Francófilos

Es cosa peregrina lo que viene ocurriendo en España desde que estalló la actual conflagración. A fuerza de hacernos propias causas ajenas, hemos acabado los españoles por dividirnos estúpidamente en dos bandos, tomando tan a pechos la defensa de nuestras respectivas tesis que bordeamos ya los lindes de lo ridículo. Nada escapa a esa perniciosa corriente: ni los partidos políticos, ni la prensa, ni siquiera los particulares. Es un espectáculo lamentable y nunca visto.

Pocos, en cambio, se acuerdan de que son españoles, de que aquí no debiera haber germanófilos ni francófilos, sino simplemente «hispanófilos» y que como lógica y patriótica consecuencia, nuestras simpatías y nuestros votos deben acompañar a aquel de los bandos cuya victoria favorezca más o perjudique menos a España. ¿Y no será eso lo racional, lo de buen sentido y lo que seguramente hacen otros